

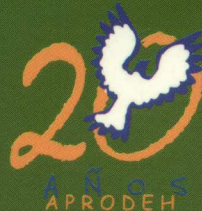
Los desaparecidos de Santa

AQUELLA MADRUGADA SIN AMANECER

TULIO MORA



ASOCIACION PRO DERECHOS HUMANOS





El Santa, río serrano y costero por excelencia, luego de bañar los valles interandinos del departamento de Ancash, vuelve fértil la estrecha franja costera que atraviesa camino al océano Pacífico. Santa, el distrito costero que lleva el nombre de este río, fue escenario, hace más de doce años, de una incursión del destacamento militar Colina. La madrugada del 2 de mayo de 1992 fueron secuestrados nueve pobladores. Este libro narra la tragedia vivida por este pueblito agricultor y pesquero, la batalla cotidiana de los familiares de las víctimas por encontrar primero con vida a sus seres queridos, después, ante la evidencia insoslayable de su muerte, encontrar sus restos y darles cristiana sepultura, hecho infructuoso hasta hoy. Y nos habla también de la lucha legal por hacer justicia, que se sancione a los criminales perpetradores de este crimen de lesa humanidad.

En esta lucha estos hombres y mujeres humildes, pero también colosales como el Santa en fortaleza humana, no han estado solos, APRODEH, junto con otras instituciones como la Comisión de Justicia Social de la Diócesis de Chimbote, los ha acompañado desde el comienzo hasta llegar a los organismos internacionales, como la Corte Interamericana de Derechos Humanos que ha ordenado al Estado peruano reabrir el caso. Hoy, gracias a esta lucha, varios de los perpetradores están presos, entre ellos su principal comando operativo el mayor EP (r) Santiago Martín Rivas, y sus mentores Vladimiro Montesinos y Nicolás de Bari Hermoza Ríos, ex jefe del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas. Alguien más también debe responder por este crimen, ya que las acciones del grupo Colina no le eran ajenas: el prófugo Alberto Kenya Fujimori.

Los desaparecidos de Santa

**AQUELLA MADRUGADA
SIN AMANECER**

Tulio Mora

Asociación Pro Derechos Humanos



PRESENTACIÓN

«Basta ya de pálidos desaparecidos...»
El hombre. Pablo Neruda.

Regados por nuestros ríos, los valles interandinos y costeros constituyen singulares ecosistemas que, secularmente dedicados a la actividad agropecuaria, nutren la vida material y espiritual de sus habitantes, cuya cosmovisión abarcará omnipresencias como el agua (ya en forma de puquio o manantial, río, lago, laguna, mar), la tierra o pachamama (sus frutos y criaturas), el Ande (sagrado recinto de los Apus), el Sol, la Luna, la esfera celestial... En Ancash encontramos los valles interandinos y costeros del río Santa, que después de recorrer el Callejón de Huaylas vira al Oeste y llega al océano Pacífico, y se convierte así en el principal río de la costa. En su Enciclopedia Ilustrada del Perú, Tauro del Pino señala que el territorio de Ancash «... abarca en su integridad el valle del río Santa, que lo cruza de S a NNO.» Y dice que «... nace al S de la Cordillera Blanca, en la laguna de Conococha, pasa majestuoso entre las dos cordilleras y el Cañón del Pato, y en su curso recibe las aguas de numerosos afluentes que se precipitan hacia el valle interandino desde las altas cumbres...»

Quizás a esta colosal presencia benefactora y de abrumadora belleza se deba que sus pobladores hayan querido dar a su terruño el nombre del río que lo baña antes de ir a morir al mar, para invocarlo con gratitud una vez más, y por esto tenemos la provincia de Santa y el distrito de Santa. Quizás a todo esto se deba también que en el habla de la zona sea de uso corriente que, para referirse al distrito o la provincia, se diga «del Santa», cuando debiera decirse más propiamente «de Santa». Por esto, las víctimas cuya memoria nos acicatea para hacer justicia y reparar, como parte de las recomendaciones y el plan de reparaciones propuesto por la Comisión de la Verdad y Reconciliación, son indistintamente de la provincia de Santa, del distrito de Santa, del valle del Santa, en suma son del Perú, y son nuestros hermanos cuya brutal muerte nos lacera...

Este libro relata la historia de los desaparecidos de Santa, desde el momento que este pueblito agricultor y pesquero sufre la incursión del destacamento militar Colina (el 2 de mayo de 1992) y se lleva a nueve de sus hijos. Ni el dolor por su pérdida, ni la tortura y la prisión, tampoco la enfermedad y la carencia de recursos económicos, han impedido que, por más de doce, la lucha sobrehumana de sus familiares se haya sobrepuesto a la infructuosa búsqueda para encontrar con vida a los suyos, y haya proseguido, con su tragedia y dolor a costas, hasta hoy en que la causa ha llegado a la Corte Interamericana de Justicia, en pos de que el Estado peruano castigue a los criminales perpetradores de la desaparición forzada, un crimen de lesa humanidad.

Al cierre de la edición de este libro, la prensa da cuenta de la detención, en Estados Unidos, del técnico de tercera EP (r) Wilmer Yarlequé Ordinola. Y señala que su búsqueda se debió, además de las matanzas de La Cantuta y Barrios Altos, a los delitos de homicidio calificado y secuestro agravado en perjuicio de Carlos Alberto Barrientos Velásquez, uno de los desaparecidos de Santa. Que la prensa los mencione es también un triunfo. Por mucho tiempo no fue así. Para que este crimen no se repita, para combatir la complicidad del silencio, como un clamor de olas, como el torrente furioso del Santa, demandemos ¡NUNCA MÁS!

Lima, 1 de diciembre de 2003.

Área de Comunicación
APRODEH